

## En las orillas de los siglos...Historiografía. Un retrato a mano alzada.

Aarón Grageda Bustamante

### Introducción

Cansados pero no vencidos, por el polvoroso y solitario camino que nos vuelve a llevar a Tebas, yace el rostro siempre enigmático de la esfinge, cuya particularidad consiste en que provoca la pregunta que responderá el porqué de nuestro largo viaje. Desde un umbral que no es ya el del siglo XX, pero tampoco la ruta que necesariamente allana el siglo XXI, intentamos dar respuesta en estos breves párrafos, a lo que consideramos el panorama actual de la Historiografía contemporánea, así como a sus posibilidades de realización, tarea que es ciertamente aventurada como aventurado es todo aquello que se emprende sin contar a nuestro favor con la diáfana claridad solar.

Negar es el mejor de los inicios. Muchos de los problemas que enfrenta la Historiografía crítica contemporánea, no son ya las voluntades de veracidad que tanto agobiaron a Nietzsche hace casi cien años. Tampoco la retórica ni el estilo no son ya, creo yo, los elementos prioritarios a indagar en nuestra labor historiográfica. Contrario a lo que pudieran pensar muchas otras tradiciones, tampoco la sola constitución y posibilidad de conocimiento nos mueve como historiógrafos en nuestros días; a través de un acercamiento sistemático al desarrollo disciplinar se muestra evidente cómo, en las orillas del siglo XX y principios del XXI, la historiografía y la narración que la transmite, propugnan a su vez por una práctica de existencia, una actividad del conocer que buscando comprensión hace que aquel quien interroga, se busque a sí mismo.

#### I.

En el corto espacio de cincuenta años, una serie de sucesos cercanos al conocimiento de realidad, nos indujo a revisar nuestras formas de conocer, no sólo en la Historiografía sino en el seno mismo del pensamiento social. Después del cierre traumático de los sucesos del mayo parisino, a fines de la década de los sesenta, se comenzó a ensayar la carencia de neutralidad en la narrativa de corte histórico y se proclamó, con toda la fortaleza febril de esos años, un repliegue a la textualidad. Lo que comenzara como un análisis de las estructuras discursivas dominantes, en clara respuesta al ejercicio y función del poder, se volcó en pocos años en una crítica a la representación de “lo real”; es decir, se puso en duda la correspondencia entre un relato que daba cuenta del pasado y ese pasado mismo, cual acontecimiento fuera del texto.

Poco a poco habría de ponerse en duda las certezas heredadas, negándose con ello también, la principal característica de la modernidad, a saber: su capacidad para resolver dentro de sí misma las contradicciones generadas al interior de su sistema <sup>1</sup>. Aunque no

---

<sup>1</sup>Sobre el debate modernidad posmodernidad ver: Carlo Augusto Viano, “Los paradigmas de la modernidad”, en Nicolás Casullo (comp. y prol.), *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993 (1989), pp. 175-193 ; Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1989 (inglés 1982), pp.

es el objeto de esta disertación describir profundamente el tono que tomara el debate sobre la muerte de la modernidad, una nueva generación de filósofos postmodernos, académicos y demás pensadores sociales, supeditando todo axioma de verdad a la posición del enunciante, transformaban sus afirmaciones en una verdad efímera, dependiente de la tradición que lo acogiera en el espacio de lo social<sup>2</sup>. Frente a esas posturas relativizantes, se denunciaba que el pasado podía reducirse sólo a una construcción ideológica al servicio de intereses particulares, transformando a la historia en una serie de mitos fundadores o robustecedores de ciertas identidades grupales y de poder.

Es fácil entender de esta manera, cómo el ataque de la crítica postmoderna se dirigió específicamente a trastocar la fortaleza epistemológica de las ciencias sociales, entendida desde entonces como una efigie de oro con pies de barro. Entre los elementos importantes que esta actitud del conocer acarrió al campo de lo histórico, fue una vuelta al texto y una revaloración de la experiencia particular de las comunidades al momento de hacer el relato de su existencia política en el presente.

Deconstruyendo los antiguos relatos, la postmodernidad cual "ismo" cultural y político, se constituyó como una experiencia más de construcción discursiva en la historia. Sin embargo, desde el momento en que empezó a socabar los fundamentos epistemológicos del pensamiento social, no garantizó el momento de su cabal llegada. Si la postmodernidad deconstruyó los relatos históricos, es muy a pesar suyo una nueva etapa de construcción discursiva que yace entre nosotros sin poder definirse del todo, lo que no dudo sea su principal característica.

Sería poco ético negar el peso que en el nivel disciplinario tuvo la crítica postmoderna al orden del entender establecido en ese entonces; sin embargo ello no fue el único ataque al estado de la cuestión en las Ciencias Sociales antes de concluir el siglo XX. En un segundo momento de ese cierre crítico finisecular, la caída de los modelos alternativos del orden gubernativo global, repercutió en la forma como nos entendíamos en un mundo observado cada vez más por la telemática y la comunicación remota. Aunque sin dirigirse a la constitución misma del conocimiento, el derrumbe del Muro de Berlín y la disolución del aparato central de gobierno en la antigua Unión Soviética, abrieron el debate sobre las escasas alternativas posibles al orden del capitalismo de corte liberal y postindustrial.

El dedo en la llaga lo pondría un artículo publicado por el entonces polemista conservador (que desde entonces retoma el papel de intelectual público), Francis Fukuyama, en 1989. En "The End of History?", aparecido en *The National Interest Review*, el autor anunciaba la buena nueva, a saber: que la democracia liberal era el punto final de arribo de la evolución ideológica del género humano; así como el modo más superior de su gobierno<sup>3</sup>. Anegado hasta el cuello en un hegelianismo mal

---

81-128; Perry Anderson, "Marshall Berman: modernidad y revolución", en *Campos de batalla*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1998 (ingl. 1992), pp. 51-90.

<sup>2</sup>Lynn Hunt et al, *La verdad sobre la historia*, Andrés Bello Editores, Madrid, 1998.

<sup>3</sup> Francis Fukuyama, *The End of the History?*, en *The National Interest*, No. 16, Summer, 1989; y posteriormente, "Seconds Thoughts: The Last Man in a Bottle", en *The National Interest*, No. 56, Summer, 1999.

entendido e ideológicamente orientado, argumentaba que el progreso tecnológico garantizaba también la creciente homogeneización de todas las sociedades. La humanidad, al encontrarse sin más modelos válidos de organización social, llegaba a la tierra prometida donde la Historia, cual disciplina, era entendida como la práctica de un simple proceso evolutivo y coherente.

Para Fukuyama, asesor del presidente Bush e importante ideólogo conservador en la época del Thatcherismo, la historia no es dada como un mero catálogo de sucesos dispersos en el pasado, sino un deliberado esfuerzo de abstracción en el cual separamos los eventos importantes de los irrelevantes. En vez de buscar los aspectos particulares de cada sociedad como medida de valor en la historia, la Historia Universal se constituía como la garantía de inteligibilidad, por la cual era comprensible el papel de cada individuo, cada comunidad o cada nación; en el orden siempre de la democracia liberal mundial. Los eventos particulares en la historia son simplemente significativos respecto a la meta superior, la realización global brinda así el valor a lo de otro modo insignificante. El punto de vista de Fukuyama insistía en que el fin de la Historia traía consigo al “último hombre”, el que surgiría de una democracia liberal, un capitalismo de mercado, jerarquías sociales, inequidad e injusticia, familia y religión; condiciones todas necesarias para que emergiera el primer hombre del nuevo orden.

La implicación de esta lectura del mundo repercutía directamente, no sólo en la vida social sino también en la práctica histórica. Los estándares universales se encontraban fuera de la historia, eran valores del mercado global que no habían sido previstos por la observación racional de los historiadores; una verdad universal provenía del racionalismo económico protestante y su filosofía correspondiente, el trabajo de los historiadores se convertiría así en una explicación de cómo la religión protestante y su comunidad, fomentaron la llegada del orden final donde el comunismo, socialismo y demás experimentos de gobierno fallaron frente al capitalismo liberal. En la nueva tarea de la historiografía quedaba claro entonces, la identificación de éstas corrientes erradas de interpretación del mundo, así como la lectura de los signos, huellas e indicios que nos remitieran a la génesis del nuevo orden.

A la par de las objeciones anotadas anteriormente, debemos añadir que el punto de vista de Francis Fukuyama implicaba el aniquilamiento de la expresividad: decretar el fin de la historia será siempre decretar la cancelación misma de la experiencia de la comprensión. El fin de la posibilidad de transformaciones en el tiempo significaría una ausencia de la temporalidad y, lo que es peor, la cancelación del momento en el que el ser individual busca plasmarse a los objetos esquivos de lo que transcurre: el aniquilamiento de las artes y la estética. Tal vez no se detuviera a pensarlo, pero la buena nueva de Fukuyama anunciaba el más lato e insípido de los mundos concebibles.

## II.

En el nuevo horizonte que se abre a la historiografía a fines del siglo XX y principios del XXI, consideramos que la narración histórica (y con ella la hermenéutica que ésta implica), se tiende a alejar poco a poco de la tendencia a establecer los significados verdaderos y trascendentales que una vez se pensó habitaban *ab eterno* el texto. Mas que el establecimiento de un sentido único, que pudiera ser bandera de

fundamentalismos, se tiende a aceptar como un hecho la legitimidad de ciertos significados compatibles entre sí, lo que dista por mucho a dar entrada a un relativismo postmoderno del tipo “todo se vale”. El principal reto consiste aquí en poner los diques a este desbordamiento de la voluntad y de la intención del intérprete.

Uno de los elementos que desde mi opinión ha fortalecido las modalidades interpretativas de la historiografía ha sido el de que sus miembros han sabido negociar en los límites de su frontera de comprensión, un acercamiento con el resto de las disciplinas sociales. Si ello ha vuelto híbrida la frontera de su disciplina (por llamarlo de alguna manera), ha mejorado en mucho la constitución de la misma, sin tener que pagar el alto precio (como sucediera a la historia económica y cuantitativa en los años setenta) de participar en una pérdida de identificación disciplinaria, la cual impactaba incluso en los modos de argumentar, estructurar escritos y sustentar sus posibilidades de comprensión. Como un ejemplo de las ventajas que la historiografía ha obtenido, al hacer el planteamiento de sus contradicciones a otras disciplinas afines, podemos utilizar el caso de la referencialidad y los criterios de certidumbre.

Historiógrafos como Joan Wallach Scott nos recuerdan que en el corazón mismo de la práctica historiográfica radica lo que para él es una aguda paradoja: “la realidad a la que se refiere la interpretación histórica es producida por la misma interpretación; no obstante, la legitimidad de ésta, radica en la creencia de que existe una realidad previa e independiente de la interpretación”<sup>4</sup>, de ahí el papel que se le brinda a los aspectos materiales del registro histórico. De lo que hablamos es simple y llanamente de una realidad que no está de por sí en los vestigios y huellas del pasado, pero que no obstante eso, puede ser alcanzada por la inteligencia del intérprete.

La historia funciona así, a través de una inexplicable conexión entre realidad e interpretación, que suele pasar generalmente desapercibida. Para muchos no parece haber alternativa que salve dicha contradicción; lo que es más usual incluso: hay quienes reconociendo la paradoja emplean como estrategia negar su existencia en haras del construccionismo histórico. Desde que el problema consiste en la existencia de una realidad pasada y una modalidad de referencialidad que desde el presente pueda validarse en ella, han surgido algunas alternativas en la historiografía. Es este el preciso lugar donde las fronteras del saber historiográfico han sabido dar paso, sin extraviarse, al empleo de nuevas perspectivas como las proporcionadas por la semiótica.

La búsqueda de una verdad fáctica, verificable, suprime la presencia emotiva o subjetiva del historiador, sustituyéndolo por una personalidad objetiva (acéptese por favor la frase en toda su contradicción); entonces, desde que no existe entre la huella y el intérprete signo visible de mediación alguna, los hechos habrían de mostrarse por *sí mismos*. Esta epistemología de la fiel correspondencia, como lo ha llamado Arlette Farge, produce la falsa impresión de que el hecho existe independiente del observador y de ahí que pueda ser a su vez independiente de la historia que de él se narre<sup>5</sup>. ¡Ah!, “ilusión referencial” susurra Barthes en nuestros oídos; de él recordamos que, como elemento del discurso, el hecho no tiene sino una existencia lingüística, aún cuando se nos indique que su

<sup>4</sup> Joan Wallach Scott, "After History", en *History and the Limits of Interpretations*, Seminar, Center for the Studies of Cultures, Rice University, March, 1996

<sup>5</sup> Arlette Farge, *Le goût de l'archive*, Editions du Seuil, Paris, 1989, 152 p.

representación no es sino una copia más de otra existencia, situada fuera del campo estructural del discurso, en el terreno de “lo real”<sup>6</sup>.

Entonces, para dar una solución pertinente a la paradoja, es necesario tan sólo aceptar que en la representación del pasado, la referencia a lo “verdadero”, a la “realidad”, es lo que parece no coincidir del todo con el método empleado. ¿Y cómo puede coincidir exactamente una estructura narrativa con una realidad pasada, si los mismos hechos verificados en el campo de lo histórico pueden ser narrados por el intérprete en tramas que signifiquen cosas distintas cuando no contradictorias? ¿No es ello un atributo poético de la narración en la historia? La persecución de lo “real” (siempre evanescente), parece dirigirse desde la semiótica a nuevas formas de conocimiento y nuevas interpretaciones que reorganizan el mundo que percibimos como realidad.

El problema de la referencialidad se resuelve en el entendido de que, por su propia estructura, la obra literaria (ya poética ya histórica), sólo muestra un mundo con la condición de que se suspenda en ella la referencia del discurso descriptivo, haciendo que el enunciado metafórico sea el que se muestre con claridad en su representación del pasado. Para decirlo en términos de Paul Ricoeur: “La metáfora es, al servicio de la función poética, esa estrategia de discursos por la que el lenguaje se despoja de su función de descripción directa para llegar al nivel mítico, en el que se libera su función de descubrimiento, y podemos hablar de verdad metafórica, para designar la ‘intención realista’ que se une al poder de recepción del lenguaje poético”<sup>7</sup>.

Lo anterior implica que la tensión paradójica: *interpretación-realidad exterior*, se resuelve en el interior del enunciado metafórico, cuya amplitud circunscribe a la relación referencial del enunciado tanto metafórico como real. La autoreferencialidad de los enunciados metafóricos no precisa criterios de veracidad vinculados con un material que nada nos dice en *sí* del pasado, de lo cual todo es obra del intérprete. La referencia con lo existente en el campo del archivo sólo se muestra cuan sujeción, acotamiento o límite a la representación de una realidad alcanzada desde la poética. Hibridar las fronteras es compartir perspectiva sin el detrimento de una pérdida de identidad disciplinaria. Ello no excluye, como he intentado mostrar, que el estatuto mismo de la historiografía no sea sujeto a cambios sino todo lo contrario, estar abiertos a la experiencia de lo otro, llámese ello Historiografía crítica, *Linguistic* o *Cultural Turn*. Hacia allá pareciéramos caminar los primeros años del siglo XXI, diletantes y con la consigna: “¡Apertura o muerte!”, sobre nuestros hombros.

### III.

Una serie de preguntas vienen finalmente ligadas a la obra historiográfica de fines y principios de siglos. Estas son en parte ya conocidas: ¿Qué tanta evidencia será requerida desde ahora para desplazar un modo predominante de comprensión del pasado por otro? ¿Cuál será la prueba de validación que habrá de otorgar superioridad a un nuevo enfoque historiográfico sobre otro pretendidamente obsoleto? ¿Podemos seguir

<sup>6</sup> Tratados del autor sobre narrativa de corte histórico ver: R. Barthes, *Poétique du récit*, Éditions du Seuil, Paris, c1977, 180 p; Idem, *Le texte et l'image: Pavillon des arts*, Edition Paris musées, Paris, 1986, c1986, 142 p.

<sup>7</sup> Citado en Gloria Prado, *Creación, recepción y efecto*, Diana, México, 1992, pp. 7-34.

aceptando en la historiografía del siglo XXI, criterios de certidumbre sujetos a la validación material, la rigurosidad de un método antes cierto y pretensiones de objetividad como las que dominaron los relatos el siglo pasado? Estas son para mí, tan sólo algunas de las más importantes interrogantes que habremos de responder y consensuar los primeros años de este siglo.

La respuesta a las anteriores preguntas podrían reorganizar desde mi punto de vista, no sólo el campo de comprensión del pasado, sino el sentido mismo de nuestra posibilidad futura de entendimiento dentro de la tradición historiográfica. Uno de los primeros elementos sujetos a revisión sería a mi parecer, el papel que asignamos a la narratividad. En nuestros días, dos corrientes de opinión parecen dominar dicho ámbito historiográfico; éstas suponen por un lado, que la narrativa tiene la capacidad privilegiada de *constituir* conocimiento; y, por el otro, que la narratividad posee tan sólo la capacidad de *organizar* el mismo<sup>8</sup>. Frente a esta situación excluyente, deseo proponer una tercera actitud, donde el carácter constitutivo y organizativo de la narrativa se concilie con la más original de sus funciones. Esta consiste en entender a la narrativa (ya sea científica, social, literaria o histórica), cual vía de realización existencial, donde aspectos como la objetividad, la ficción y el gusto por el relato identitario, sean reconocidos epistemológicamente, así como se reconoce en nuestros días la capacidad de la metáfora para representar el mundo de la acción<sup>9</sup>.

La apuesta que hacemos va encaminada a la promoción de la autoreferencialidad en la historia, lo que implica a la larga, desde la revalorización del archivo como apego al discurso de lo real, hasta el rompimiento de los antiguos consensos disciplinarios; al costo sí, de ganar más libertad en la creación y en la realización individual y colectiva que se alcanza sólo en la ficción poética de los relatos narrados. Se puede opinar en contra de esta proposición, argumentando el peso de las modalidades tradicionales de argumentación, parte de la identidad que nosotros mismos hemos reconocido necesaria. Sin embargo, es aquí donde debemos dejar claro el papel que la nueva narrativa histórica empieza a demandar en el siglo XXI y especialmente su función de ruptura con lo establecido.

Algo similar a lo propuesto cimbró los muros del formalismo matemático en la tercera década del siglo pasado. En ese entonces, Kurt Gödel, matemático de origen austríaco, especializado en lógica, planteó contra todo consenso, en una serie de teoremas, el inacabamiento inherente a todos los sistemas formales y finitos de argumentación aritmética. De acuerdo con éstos teoremas, se establecía que aún, si todas las herramientas de formalización aritmética eran consideradas válidas *ad infinitum*, ello no dejaba de ser insuficiente para probar la consistencia del sistema formal empleado. Desde Gödel, existe en todo universo lógico, una proposición formalmente indeterminada e irracional en su interior que demanda, para la comprobación de la validez general del sistema empleado, el apoyo de otro sistema de teoremas, lo que no desmerece en lo absoluto la potencialidad analítica del mismo<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> Silvia Pappe Willeneger, *Cuaderno de Posgrado. Metodología III*, UAM-A, 2000.

<sup>9</sup> Sobre este tema ver: Paul Ricoeur, "La realidad del pasado histórico", *Historia y Grafía*, UIA, núm. 4 (1995), pp. 183-210.

<sup>10</sup> N. Hazewinkel (Editor), *Encyclopaedia fo Mathematics*, Volume 4, Kluwer Academic Publishers, Netherlands, 1989, p. 284; Sobre el contenido de los teoremas de la Aritmetización ver: *On formally*

Sin un vínculo aparente, cuarenta años más tarde, otra serie de aportes han demostrado que es precisamente en la labor de la transgresión de lo establecido, de los consensos disciplinarios, donde radica parte del sentido de la *cura* que conlleva la labor de búsqueda de conocimiento. El campo del conocer, es también un lugar de encuentro de quien interroga las formas de saber con su propio yo; coincidiendo, cual afortunada casualidad, con el lugar del avance de la ciencia, del saberse. Hacia allá se dirigía *Against the Method: Outline of Anarchistic Theory of Knowledge*<sup>11</sup>, tratado donde Paul K. Feyerabend explicaba junto a Karl R. Popper, cómo el racionalismo está lejos de ser comprensivo o completo en sí mismo. La pregunta que adquiere pertinencia no es ya la de si existen límites en nuestra razón sino dónde están situados éstos. Feyerabend establece de esta forma que la lección para la epistemología consiste en no trabajar con conceptos estables: “No dejarse seducir pensando que por fin hemos encontrado la descripción correcta de los hechos, cuando todo lo que ha ocurrido es que algunas categorías nuevas han sido adaptadas a algunas formas viejas de pensamiento, las cuales son tan familiares que tomamos sus contornos por los contornos del mundo mismo”<sup>12</sup>.

Método científico e irracionalidad. Historia e imaginación poética. Suena sugerente el vínculo, ¿No es así? Feyerabend nos recuerda que: “los ingredientes ideológicos de nuestro conocimiento y, más especialmente de nuestras observaciones, se descubren con la ayuda de teorías que están refutadas por ellos”<sup>13</sup>. Si estas teorías están fuera de nuestro universo de interpretación, ¿no estamos acaso en los linderos trazados por Gödel hacía casi cuarenta años antes? La analogía no deja de ser atractiva y nos sugiere la siguiente pregunta: ¿El objetivo de aproximarse cada vez más a la verdad puede alcanzarse de una forma completamente racional, o es también accesible para aquellos quienes, como nosotros, deciden confiar solamente en la representación metafórica de la realidad?

Contesto para mi mismo esta pregunta que se vuelve apremiante. Si bien puede no ser necesariamente en la transgresión del orden y del consenso, el espacio donde se resuelva el sentimiento de la caída en *cura*, es más ingenuo pensar que en la sola futilidad de un método científico pueda encontrar la persona que indaga alguna resolución a su situación existencial. Creo más bien, siguiendo a Gödel, que es en el espacio del dominio irracional de todo sistema formal y coherente de comprensión, donde tenemos la oportunidad de *ser* en cuanto individuos en busca de respuestas. El ejercicio poético de la escritura de la historia sana en los linderos dominados por la no racionalidad, espacio de creación y representación de nuestro *ser* en el mundo, que no refleja necesariamente el caos que una mente ordinaria pueda asociarle al terreno de lo no sujeto a leyes generales de comprensión.

De esta forma, celebro de Kurt Gödel y Paul K. Feyerabend la confirmación de un ámbito en el saber donde la experiencia puede aún ser posible, experiencia que implica

---

*undecidable propositions of Principia mathematica and related systems*, (Trans. B. Meltzer e Intr. R.B. Braithwaite), Basic Books, New York, c1962, 72 p.

<sup>11</sup> Paul K. Feyerabend, *Against the Method: Outline of Anarchistic Theory of Knowledge*, Center of Superior Studies, Minnesota University Press, 1972.

<sup>12</sup> *Ibid*, p. 37

<sup>13</sup> *Ibid*, p. 28

siempre revolución en las formas de saber y del comprendernos; algo más digno que el mundo anodino y banal que una inteligencia tan poco comprometida como la del señor Francis Fukuyama nos otorga.

### Conclusión

Acepto que muchas de las argumentaciones vertidas en esta disertación yacen erguidas en un suelo movedizo, pero, ¿Acaso no son ambiguas las posiciones del pensamiento social y de la historiografía contemporánea? Hay sin embargo asideros que hace medio siglo hubieran sido impensables. Sabemos hoy que los conceptos referenciales de los discursos políticos al igual que los autoreferenciales empleados en la poética de la construcción histórica, nos hablan directamente de la historicidad de las propias representaciones, de su capacidad de transformarse en procesos de relectura, reinterpretación y resignificación, de ahí el sentido que le asociamos en la historiografía al texto.

Ello es una muestra clara de esta búsqueda ontológica que yace en el ánimo del comprender. Otra más lo constituye sin duda, el discurso performativo de las fronteras híbridas en la filosofía contemporánea, que utiliza encadenamientos fonéticos que no *son* lo que representan ni lo que describen, algo radicalmente distinto al discurso racional disciplinario, pero que invariablemente comunica experiencia. Esto ha sido posible, como hemos dejado claro, gracias a la apertura disciplinaria a los análisis de la escuela semiótica, de la cual, en Jacques Derrida tenemos un vívido aporte del impulso que ha tomado esa escuela en nuestros días.

Narrativa histórica y relato historiográfico son elementos que crean significados y con ellos identidad. Reconociendo lo propio ante lo que no lo es compartimos. Ello nos lleva a inscribirnos en una visión del mundo que es parte de experiencias distintas, pero no de modelos ajenos a nuestro ámbito del conocer, lo que fuera ya inadecuado. Ante la globalización que niega o borra la diferencia entre comunidades, las formas de la nueva historiografía que inauguran el siglo, no proponen la fragmentación de identidades y discursos sino reconocernos en la convivencia diferenciada, lo que permite recrear por siempre los significados, el sentido de nuestro paso por el tiempo.

La globalidad que da la bienvenida al nuevo siglo, la homogenización que ésta abandera, no nos curará por fortuna del sentimiento de caída; no otorgará certidumbre a la identidad, a la existencia, a la vida cotidiana, a la política y de ahí que tampoco una respuesta pertinente a la vida social cotidiana y a las prácticas culturales. Podemos esperar entonces, que en un mundo donde sigamos persiguiendo la *cura* de la angustia, continuaremos construyendo evidencias para fundamentar significados. En ese orden que viviremos a un ritmo distinto, la historia, la historiografía y la cultura serán parte de un estado en movimiento, inestable e indeterminado, inscrito en un mundo dominado por la cifra, veredas de guarismos donde volveremos, espero ferviente, a retornar a Tebas y mirar, cada vez más febril, cada vez más enigmático, el antiguo rostro de la esfinge.